

El libro de mis vidas

Aleksandar Hemon

Traducción de Antonio-Prometeo Moya



Duomo ediciones

Barcelona, 2013

Título original: *The Book of my Lives*

© 2013 por Aleksandar Hemon

© de la traducción, 2013 por Antonio-Prometeo Moya Valle

© de esta edición, 2013 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición septiembre 2013

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Depósito legal: B. 17.912-2013

ISBN: 978-84-15355-31-1

Código IBIC: FA

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Fotocomposición:

Grafime. Mallorca, 1, Barcelona 08014 (España)

www.grafime.com

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Printed in Italy – Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Si Dios existiera, sería un gran centrocampista

PRIMERO, UN POCO SOBRE MÍ,
AUNQUE AQUÍ NO SOY IMPORTANTE

Desde el punto de vista bosnio soy persona atlética. Aunque durante años he fumado paquete y medio al día, empecé a beber a los quince años y he sido adicto a las dietas de carne roja y mucha grasa, jugaba al fútbol en los solares y aparcamientos de Sarajevo un par de veces por semana desde tiempos inmemoriales. Pero poco después de aterrizar en Chicago engordé por abusar de los Whoppers y Twinkies, porque quería dejar de fumar y tenía que matar el hambre. Además, no encontraba a nadie con quien jugar. Mis amigos de Greenpeace pensaban que liar canutos ya era hacer ejercicio físico y sólo de tarde en tarde participaba en un flojo encuentro de *softball* en el que no llevábamos la cuenta de las carreras y todo el mundo hacía jugadas magistrales. Yo no acababa de entender las reglas, pero me esforzaba mucho por conseguir puntos.

No jugar al fútbol era una tortura. La salud me importaba poco mientras tuviera juventud, pero jugar al fútbol estaba

estrechamente relacionado con sentirme totalmente vivo. Sin fútbol me sentía confuso, mental y físicamente. Un sábado del verano de 1995 pasé en bicicleta junto a un campo que había a orillas del lago, en el distrito de Chicago llamado Uptown, y vi gente que calentaba dando patadas al balón mientras esperaba el comienzo del partido. Parecían preparados para jugar en una liga, aunque para eso uno tenía que estar registrado como miembro de un equipo. Sin embargo, antes de darme tiempo a reflexionar y pensar en la humillante perspectiva de un rechazo, pregunté si podía unirme a ellos. Claro, dijeron, y me puse a dar chupinazos por primera vez, después de una eternidad de tres años. Con doce kilos más, vaqueros cortos y zapatillas de baloncesto, aquel día jugué por fin. Antes de darme cuenta sufrí una distensión en la ingle y me salieron ampollas en las plantas de los pies. Jugué humildemente de defensa (aunque yo habría preferido ser delantero) y obedecí fielmente las órdenes del mejor y más rápido jugador del equipo, un tal Phillip, que había participado, según supe después, en los Juegos Olímpicos de Seúl, en el equipo nigeriano de los cuatrocientos metros con relevos. Al acabar el partido pregunté a Phillip si podía volver. Pregúntaselo a aquel tío, dijo Phillip, señalando al árbitro. El árbitro vestía una camiseta a rayas blancas y negras y dijo que era Germano. Me dijo que había partido todos los sábados y domingos y que podía ir cuando quisiera.

EL PORTERO TIBETANO

Germano no era realmente germano, era de Ecuador, pero su padre había nacido en Alemania y de aquí su nombre (Hermann) y su apodo. Trabajaba de conductor de furgoneta de UPS y rondaba los cuarenta y cinco años, estaba bronceado y lucía un modesto tupé y bigote. Todos los sábados y domingos aparecía junto al lago a eso de las dos de la tarde, en una furgoneta destartalada que tendría unos veinte años y en cuyo exterior habían pintado un balón y las palabras: «Chútame, alégrame el día». Descargaba los postes y largueros de la portería (hechos con cañerías de plástico), las redes, balones y bolsas con camisetas monocromas. Repartía las camisetas entre los que llegaban para jugar, ponía una tabla sobre un cubo de basura y, encima de la tabla, una colección de copas y trofeos baratos, banderines de diferentes países y una radio que sintonizaba con una emisora que bramaba en español. Los jugadores vivían en Uptown y en Edgewater y eran de México, Honduras, El Salvador, Perú, Chile, Colombia, Belize, Brasil, Jamaica, Nigeria, Somalia, Etiopía, Senegal, Eritrea, Gana, Camerún, Marruecos, Argelia, Jordania, Francia, España, Rumanía, Bulgaria, Bosnia, EE.UU., Ucrania, Rusia, Vietnam, Corea, etc., etc. Había incluso un tipo del Tíbet y era un portero muy bueno.

Normalmente había para formar más de dos selecciones, así que los equipos resultantes hacían turnos rotativos; los partidos duraban quince minutos o hasta que un equipo metía dos goles. Los encuentros eran muy serios y reñidos, y el equipo ganador se quedaba en el campo para disputar el siguiente partido y el perdedor esperaba en el banquillo

hasta que le tocaba el siguiente turno. Germano arbitraba y casi nunca pitaba falta. Seguía el juego con ojos vidriosos, como si se colocase viendo jugar; por lo visto, necesitaba oír crujidos de huesos para soplar el silbato. A veces, si faltaba un jugador en un equipo, arbitraba y jugaba a la vez. En estas situaciones era muy intransigente consigo mismo y en cierta ocasión que hizo una entrada peligrosa, se enseñó tarjeta amarilla. Éramos inmigrantes que nos esforzábamos por mantenernos a flote en aquel país y nos gustaba jugar de acuerdo con las reglas que establecíamos nosotros mismos. Aquello hacía que nos sintiéramos parte de un mundo mucho mayor que Estados Unidos. Cada cual ostentaba un sobrenombre basado en su país de origen. Yo fui Bosnia durante un tiempo y a menudo me encontraba jugando en el centro del campo con, por ejemplo, Colombia y Rumanía.

Deseoso siempre de jugar y temeroso de quedarme fuera si llegaba tarde, solía ser el primero en llegar antes de los partidos. Ayudaba a Germano a colocar las porterías y luego me quedaba con él y otros, hablando de fútbol. Germano, en su mágica furgoneta, tenía álbumes de fotos de gente que había jugado con él. Reconocí a varios muchachos, que aparecían en las fotos mucho más jóvenes. Uno al que todos llamaban Brasil me dijo que llevaba jugando con Germano durante más de veinte años. Germano había sido el organizador de los partidos desde el comienzo, aunque había tenido problemas con el alcohol y las drogas y en cierto momento había estado varios años ausente. Pero volvió, dijo Brasil. Comprendí, por vez primera desde mi llegada, que era posible vivir en aquel país y seguir teniendo un pasado en común con otras personas.

Lo que no acabé de entender era por qué hacía Germano todo aquello. Aunque me gustaba creer que yo era una persona razonablemente generosa, jamás me habría imaginado pasando todos los fines de semana organizando partidos de fútbol, arbitrándolos, sometiéndome a insultos y otros atropellos, desmantelando porterías, cargándolas en la furgoneta cuando todos se habían ido y luego lavando docenas de camisetas que apestaban a sudor internacional. Estaba claro que sin Germano no habrían existido aquellos encuentros de equipos informales, pero nunca nos pidió nada a cambio.

Durante años abusé de la inexplicable generosidad de Germano. Como en invierno solíamos jugar en el gimnasio de una iglesia de Pilsen, un lugar demasiado alejado para ir en bicicleta, hacía el viaje gratis en su traqueteante furgoneta de Chútame-alégrame-el-día, sujetando la portezuela del copiloto, porque la cerradura estaba estropeada. Al volver temía por mi vida, porque Germano era dado a celebrar la feliz terminación de la jornada deportiva con unas cuantas cervezas: siempre llevaba una bien surtida nevera portátil en la furgoneta. Mientras conducía y daba sorbos a la cerveza, no paraba de darle al pico y me hablaba de su equipo favorito de todos los tiempos (la selección camerunesa de los Mundiales de 1990) o me contaba que estaba buscando un heredero, alguien que siguiera organizando partidos cuando él se retirase y se mudara a Florida. Le costaba encontrar a la persona indicada, dijo, porque pocas personas tenían huevos para comprometerse. Nunca me sugirió que me encargara yo de aquello, lo cual me ofendió un poco, aunque yo tenía claro que no tenía huevos y nunca sería capaz de una cosa así.

Una vez, durante el escalofriante viaje de vuelta por las heladas calles de Chicago, le pregunté por qué hacía todo aquello. Me dijo que lo hacía por Dios. Dios le había ordenado que uniera a la gente, que difundiera Su amor, y aquella pasó a ser su misión. Me sentí incómodo, asustado de que le diera por catequizarme, así que no le pregunté más. De todos modos, él nunca preguntaba a nadie por su religión, nunca hacía ostentación de su fe, nunca hacía nada por conducir al personal hacia el Señor; su fe en el fútbol era incondicional; la fe deportiva de la gente le bastaba. Me dijo que, cuando se retirase, pensaba comprar un terreno en Florida y construir una iglesia, y que al lado pondría un campo de fútbol. Planeaba pasar el resto de su vida predicando. Después de los sermones, su grey jugaría y él haría de árbitro.

Unos después de aquella conversación, al final del verano, Germano se retiró. Uno de los últimos fines de semana, antes de que dejara de aparecer junto al lago, estábamos jugando y sudando la gota gorda. Todos estábamos de mal humor; las moscas, gordas como colibríes, nos comían vivos; el terreno estaba duro, la humedad era alta, la humildad baja; hubo un par de grescas entre nosotros. El cielo se oscurecía por encima de los elevados edificios que jalonaban Lake Shore Drive, las nubes parecían cargadas de lluvia y a punto de desbordarse. Entonces nos alcanzó un frente frío, como si hubieran abierto un frigorífico gigante, y se puso a llover. Nunca había visto cosa igual: la lluvia empezó en un extremo del campo y avanzó ordenadamente hasta alcanzar la portería contraria, como la selección alemana en los mundiales. Nos alejamos de la lluvia, pero nos alcanzó en seguida y en pocos segundos estábamos empapados. Hubo

algo aterrador en la fuerza ciega de aquel repentino cambio del tiempo, en su violenta aleatoriedad, pues nada pudo hacer nuestra mente ni nuestra voluntad mientras la lluvia nos caía en oleadas.

Yo corrí hacia la furgoneta de Germano, como quien corre hacia el arca huyendo del diluvio. Otros colegas habían llegado antes que yo: Germano, Max el de Belize, un chileno al que lógicamente llamaban Chile; Rodrigo, el mecánico de Germano, que hizo que el vehículo funcionara milagrosamente durante más de veinte años; y el mustio amigo de Rodrigo, un tipo con el pecho desnudo que al parecer no hablaba inglés, estaba sentado en la nevera portátil y de vez en cuando nos alargaba cervezas. Nos refugiamos en el interior del vehículo; la lluvia repiqueteaba en el techo, como si estuviéramos en un ataúd y nos echaran tierra con una pala.

Pregunté a Germano si creía que en Florida iba a encontrar gente con quien jugar. Dijo que estaba seguro de que encontraría a alguien, pues cuando das sin pedir nada a cambio, alguien acaba aceptando. Repentinamente inspirado, Chile se puso a divagar sobre algo que parecía una lección mal aprendida en un manual de New Age, algo sin gracia sobre la rendición incondicional. Los habitantes de Florida son muy viejos y no pueden correr, dije yo. Si son viejos, repuso Germano, entonces están próximos a entrar en la eternidad y lo que necesitan es esperanza y valor. El fútbol los ayudará a ir por el camino de la vida eterna, añadió.

Ahora bien, yo soy ateo, vanidoso y cauto. Doy poco, espero mucho y pido más, y lo que decía aquel hombre se me antojaba demasiado difícil, ingenuo y simplista. Bueno, ha-

bría sido difícil, ingenuo y simplista si no hubiera ocurrido lo que ocurrió entonces.

Hakim, el nigeriano que sin saber cómo encontró una forma de jugar al fútbol todos los días de su vida, llega corriendo a la furgoneta, está hecho una sopa, y nos pregunta si hemos visto sus llaves. ¿Te has vuelto loco?, le decimos, mientras la lluvia se cuele por la ventanilla, ¿No te das cuenta de que es el puto fin del mundo?, busca las llaves después. *Los niños**, dice, estoy buscando a mis *niños*. Entonces lo vemos correr bajo la lluvia y recoger a sus dos aterrorizadas criaturas, que estaban escondidas al pie de un árbol. Se mueve como una sombra frente a la densa cortina gris de la lluvia, los niños cuelgan de su pecho como diminutos koalas. Mientras tanto, en el camino de bicicletas, Lalas (apodado así por el futbolista estadounidense) está junto a su esposa, que va en silla de ruedas. La mujer sufre esclerosis múltiple y se mueve demasiado despacio con la silla para huir de la lluvia. Se quedan juntos en espera de que acabe aquella calamidad: Lalas con la camiseta que pone «Uptown United» y su mujer protegida por un cartón que la lluvia acabará deshaciendo irremediabilmente. El portero tibetano y sus amigos tibetanos, a los que no había visto hasta entonces y nunca más volví a ver, juegan un partido en el campo, ya completamente empapado, y parecen moverse a cámara lenta por la superficie de un apacible río. Sale vapor del suelo, la neblina les llega a los tobillos y por momentos da la sensación de que están levitando. Lalas y su mujer los observan con toda la tranquilidad del mundo, como si nada

* Semejanza fonética en inglés entre las palabras *key* [«llave»] y *kids* [«niño»].

los afectara. (La mujer ha fallecido ya, alguien tenga piedad de su alma.) Ven que un tibetano mete un gol, la pelota empapada resbala entre las manos del portero, que cae sobre un charco. El guardameta está impertérrito, sonrío, y desde donde yo estoy sentado, podría ser perfectamente el mismísimo Dalai Lama.

Y de esto trata este pasaje narrativo, señoras y señores: de los raros momentos de trascendencia que tal vez conozcan quienes practican un deporte con otras personas; esos momentos que surgen del caos del juego, cuando todos los compañeros de equipo están situados en una posición ideal en el campo; momentos en que el universo parece haberse organizado en virtud de una voluntad significativa que no es la nuestra; momentos que se extinguen, como todos los momentos, cuando completamos un pase. Y con lo único que nos quedamos es con el vago, físico, orgiástico recuerdo del instante evanescente en que estuvimos completamente conectados con todos y todo lo que nos rodeaba.

LA PÁTINA

Cuando Germano se fue a Florida, yo iba a jugar a un parque de Belmont, al sur de Uptown. El personal era allí totalmente distinto: había muchos más europeos, latinos completamente integrados y algunos estadounidenses. Con frecuencia, cuando me exasperaba y exigía, por ejemplo, que otros jugadores se quedaran en su posición y jugaran para el equipo, alguno me replicaba: Tranquilo, hombre, sólo es un juego..., tras lo que les sugería que si no sabían jugar

como había que jugar, se fueran a tomar por culo y se unieran a una puta noria. Ningún jugador de Uptown habría dicho nunca una cosa así. La relajación nunca desempeñó ningún papel en nuestros partidos.

Había uno de Belmont que se llamaba Lido, era italiano y tenía setenta y cinco años. No conseguía llegar ni a las pelotas más lentas, así que cuando formábamos los equipos, nunca lo teníamos en cuenta como jugador; nos limitábamos a tolerarlo en el campo, convencidos de que nunca haría nada útil. Como muchos hombres que rebasan la cincuenta, tenía una idea completamente equivocada de su capacidad física. Creía realmente que todavía era un jugador tan grande como tal vez lo hubiera sido cincuenta años antes. Coronado por una ridícula peluca que no se quitaba nunca y que le caía sobre los ojos cada vez que daba un cabezazo al balón, era dado a discutir, cuando perdía la pelota, sobre sus brillantes intenciones y nuestros evidentes fallos. Lido era un buen tío, un hombre honrado. (Falleció en 2011, alguien tenga piedad de su alma.)

Yo seguía teniendo la costumbre de llegar pronto a los encuentros, porque siempre me torturaba la posibilidad de que no me dejaran jugar. Lido vivía cerca y solía llegar antes que los demás. De vez en cuando llegaba nervioso y de mal humor porque había visto que los compañeros estadounidenses se escondían en el parque para no participar en los cotilleos previos al encuentro. «¿Qué clase de gente es ésta?», decía Lido gruñendo. «¿De qué tienen miedo? Esto no ocurriría nunca en Italia», añadía. Lido era de Florencia y llevaba con orgullo la camiseta morada de la Fiorentina. Decía que, en Italia, la gente siempre estaba dispuesta a ha-

blar y ayudar a los demás. Si te pierdes y pides que te orienten, dejan lo que estén haciendo en su casa o en la tienda y te llevan adonde necesitas ir. Y hablan contigo, con educación, con mucha simpatía, no como éstos, y aquí señalaba con desprecio hacia los árboles y arbustos tras los que estaban escondidos los tímidos estadounidenses. Cuando le pregunté por la frecuencia con que iba a Italia, dijo que iba pocas veces. En Florencia había tenido un Ferrari estupendo, explicó, y allí había muchos envidiosos: le robaban las ruedas, le rompían los intermitentes, le rascaban las portezuelas con un clavo, y todo por maldad pura y simple. No le gustaba ir por allí, aclaró, porque los italianos eran muy antipáticos. Cuando con mucho tacto le recordaba que unas frases antes había dicho que los italianos eran muy simpáticos, asentía con la cabeza y exclamaba: ¡sí, sí, muy simpáticos!, y yo desistía. Me daba la sensación de que Lido era capaz de tener en la cabeza dos ideas recíprocamente excluyentes sin sufrir el menor conflicto interior: una cualidad, reconocí repentinamente iluminado, no infrecuente entre los artistas.

Lido había emigrado a Chicago en los años cincuenta. En Florencia se dedicaba con su hermano a restaurar frescos renacentistas y otras pinturas antiguas, muy abundantes allí. Cuando llegaron a Estados Unidos, pensaron que también aquí habría muchas pinturas antiguas necesitadas de restauración y abrieron un taller. Les había ido bastante bien desde entonces y consiguieron disfrutar plenamente de la vida. Lo veían con un par de jóvenes beldades colgadas de su brazo o paseando con su flamante Ferrari americano. Parece que además de beldades había tenido varias esposas. La más reciente tenía alrededor de dieciocho años y, según

los rumores, era una novia de encargo que procedía de un pueblo mexicano.

En cierta ocasión, mientras esperaba a que los estadounidenses vencieran su timidez, me contó que entre los enteradillos y los burros habían destruido, con la excusa de restaurarlo, el techo de la Capilla Sixtina, la obra maestra de Miguel Ángel. Yo soy un ignorante en la materia, pero me explicó con todo detalle los errores que habían cometido; por ejemplo, habían empleado disolvente y esponja para eliminar la pátina del tiempo que cubría los frescos. Lido repetía: imagínate, imagínate, y yo, ni corto ni perezoso, me imaginaba pasando la esponja por encima del pobre Miguel Ángel. Lido se ponía realmente furioso y en aquel momento consiguió que limpiar la obra de Miguel Ángel con disolvente y esponja fuera para mí un acto realmente infame: se me figuraba que un Dios demasiado pálido no podía ser omnipotente, ni siquiera moderadamente poderoso.

Pero los subnormales encargados de la restauración, prosiguió Lido, al final se dieron cuenta de que habían cagado la creación del mundo según Miguel Ángel y suplicaron a Lido que fuera allí para arreglar las cosas. En vez de acudir, Lido les mandó una invectiva de cinco páginas que en suma sugería que se metieran las esponjas y el disolvente por el culo. Lo que no entendían, aseguró Lido, era que la pátina del tiempo es la parte esencial de un fresco, que el mundo creado por el Todopoderoso en el techo de la Capilla Sixtina estuvo *incompleto* hasta que la argamasa absorbió totalmente la pintura, es decir, hasta que aquel universo en ciernes se oscureció un poco. Dios no creó el mundo un día de sol, bramaba Lido; sin pátina, no valía una mierda.

Lido me contaba todo esto sentado en el balón (tamaño 4, demasiado inflado) y, lleno de santa ira, hizo un mal movimiento y quedó sentado en el suelo. Cuando lo ayudé a levantarse, le toqué la arrugada piel del codo, sentí su pátina humana.

Los avergonzados estadounidenses salieron por fin de los árboles y arbustos, llegaron los demás futbolistas y Lido, el hombre que se tomaba como una ofensa personal cualquier falta de respeto hacia Miguel Ángel y la Creación, se situó en la línea de ataque, dispuesto como nunca a marcar un gol sensacional.

Quienquiera que engendrarse a Lido debió de quedar satisfecho. Lido era uno de esos escasos humanos que llegaban a la perfección. Los demás no teníamos más remedio que revolcarnos en el polvo, sufrir las inclemencias del tiempo, acumular pátina, con la esperanza de ganarnos nuestro derecho a *ser*, elementalmente y sin condiciones. Y cuando aquel día pasé el balón a Lido, totalmente convencido de que iba a fallar el chute, tuve la cosquilleante y agradable sensación de estar conectado con algo mayor y mejor que yo, una sensación totalmente inaccesible a quienes piensan que el fútbol es simple ejercicio y relajación.